

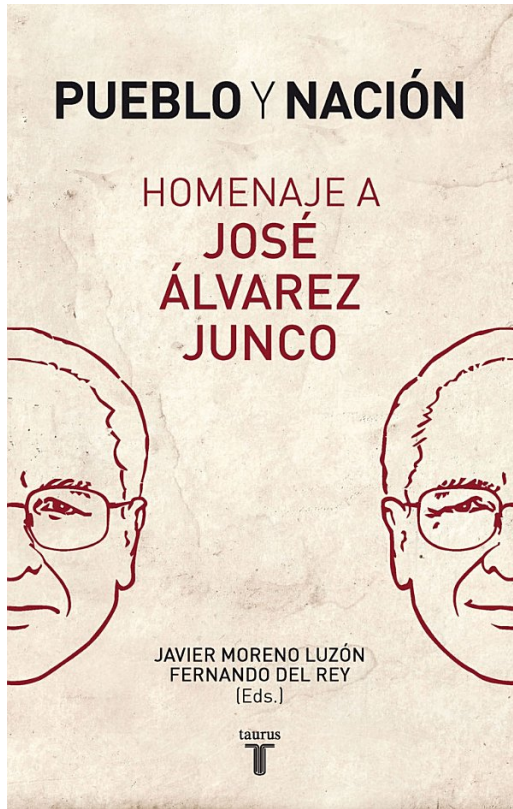
# PUEBLO Y NACIÓN

## HOMENAJE A JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO



JAVIER MORENO LUZÓN  
FERNANDO DEL REY  
[Eds.]

taurus  
**T**



Pueblo y nación. Homenaje a José Javier Moreno Luzón & Fernando  
Álvarez Junco del Rey

## Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Introducción. Retrato de un historiador excepcional, \*Javier Moreno Luzón y Fernando del Rey\*](#)

[Renovación historiográfica](#)

[Desfacedor de mitos y leyendas, \*Santos Juliá\*](#)

[Un renovador, \*Manuel Pérez Ledesma\*](#)

[Un reconocimiento desde el otro lado del Atlántico, \*Carolyn P. Boyd\*](#)

[Lo que aprendí de Álvarez Junco, \*Julián Casanova\*](#)

[Movilización social y política, \*Pamela Radcliff\*](#)

[Aspectos de la dimensión cultural en su obra, \*Giuliana Di Febo\*](#)

[El pueblo](#)

[El populismo y el giro lingüístico en Álvarez Junco, \*Edward Baker\*](#)

[Pueblo, Parapueblo y Contrapueblo en 1931, \*Rafael Cruz\*](#)  
[«Haciendo de Mussolini»: Alejandro Lerroux, «traidor» a la Segunda República, \*Nigel Townson\*](#)

[La persistencia del discurso mítico en los nuevos populismos, \*Antonio Robles Egea\*](#)

[La nación](#)

[Sobre conceptualización y politización de los procesos históricos, \*Javier Fernández Sebastián\*](#)

[Constituciones bajo tutela: Palermo y Cádiz en 1812, \*Josep M. Fradera\*](#)

[Los dos nacionalismos españoles durante el siglo XIX \(a propósito de \*Mater dolorosa\*\), \*Joaquín Varela Suanzes-Carpegna\*](#)

[Tolerancia y redención: Un diálogo con \*Mater dolorosa\*, \*María Luisa Sánchez-Mejía\*](#)

- [El republicanismo de 1868 y la mitología nacionalista liberal, Gregorio de la Fuente Monge](#)
- [Identidad nacional en España, el Imperio y Cataluña: Una perspectiva comparativa, Stephen Jacobson](#)
- [Franco y el nacionalismo catalán, Jorge M. Reverte](#)
- [Semblanzas de un académico](#)
- [A dos voces y con un mismo sentir, Mercedes Gutiérrez Sánchez y Estrella López Keller](#)
- [A propósito de un académico transatlántico, 1992-2000, Adrian Shubert y Antonio Cazorla Sánchez](#)
- [Una conversación con Pepe Álvarez Junco, ese gran perdedor de tiempo, Paloma Aguilar, Mercedes Cabrera y Miguel Martorell](#)
- [Publicaciones de José Álvarez Junco](#)
- [Índice onomástico](#)
- [Notas](#)
- [Álbum](#)
- [Sobre los autores](#)
- [Créditos](#)
- [Grupo Santillana](#)

## INTRODUCCIÓN

### RETRATO DE UN HISTORIADOR EXCEPCIONAL

*Javier Moreno Luzón y Fernando del Rey*

Este libro está dedicado a José Álvarez Junco. Cualquiera que conozca la historiografía sobre la España contemporánea o los principales debates intelectuales que han salpicado las cuatro últimas décadas sabe de su importancia en el panorama cultural español. Sus obras constituyen hitos indiscutibles en los campos que ha explorado, desde los movimientos obreros hasta las identidades nacionales, pasando por el republicanismo o los fenómenos populistas. Y su presencia en la esfera pública, avalada por su prestigio, ha sido y es constante. De manera que, más allá del gesto de ofrecerle un tributo colectivo en el momento de su jubilación —un hecho casi anecdótico, puesto que se mantiene tan activo como siempre—, merece la pena analizar su trayectoria y dialogar con sus trabajos. Comenzaremos por trazar una breve semblanza de su figura, un encargo a la vez fácil y difícil de cumplir. Hemos convivido con él tantos años —resulta extraño a estas alturas no llamarle Pepe, el nombre por el que le conocemos quienes tenemos la suerte de tratarle— que somos muy conscientes tanto de la riqueza de su vida profesional y personal como de sus prevenciones hacia los homenajes. Esperamos que nos perdone estas páginas.

Uno de los rasgos que primero llama la atención de José Álvarez Junco es su carácter cosmopolita, algo no muy fre-

cuenta entre los académicos españoles de su generación. Por ceñirnos a su labor docente, ha sido profesor al menos en Madrid, París, México, Seattle, Medford, Cambridge (Massachusetts), Madison (Wisconsin), San Diego, Lisboa, Catania y Padua. Tras ese trasiego hay una vocación universalista ilustrada, presente desde su juventud, que le impide enorgullecerse en exceso de ser de tal o cual sitio, ajena pues al localismo habitual entre nosotros. Hijo de un registrador de la propiedad, los azares profesionales de su padre hicieron que naciese casualmente en 1942 en Viella, en el Pirineo catalán. Pasó buena parte de su infancia y adolescencia en Villalpando (Zamora), un pueblo castellano que marcó sus recuerdos de la larga posguerra, y frecuentó otros lugares como Villanueva de los Infantes, la agrovilla donde murió Quevedo en el corazón de La Mancha. De sus orígenes rurales y provincianos le quedaron el amor por la naturaleza y el trabajo manual, sus pinitos agronómicos, el rechazo a la enseñanza autoritaria católica y fuertes impresiones sobre las desigualdades de aquella sociedad en la que él ocupaba un lugar relativamente privilegiado. Estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Central de Madrid y en cuanto pudo se marchó al extranjero, primero a aprender inglés a Gran Bretaña y, años más tarde, como estudiante graduado a la Universidad de California. El gusto por viajar se integra en una personalidad capaz de disfrutar a fondo de múltiples experiencias culturales, de la comida y la música a la literatura y el cine.

Aunque la universidad española presentaba en los primeros años sesenta enormes carencias, Álvarez Junco supo aprovechar lo mejor que ofrecía la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Central, en la que destacaba el magisterio de dos grandes historiadores, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall. Intelectuales falangistas en los primeros tiempos de la dictadura de Franco, ambos habían evolucionado tempranamente hacia posiciones liberales y tolerantes y representaban sendas aproximaciones de primer nivel a la Historia del Pensamiento Político y de las Mentalidades. El joven politólogo e historiador fue ayudando

te en sus dos cátedras y realizó su tesis doctoral sobre las ideas políticas de los anarquistas españoles —leída en 1974— bajo la dirección de Maravall, más interesado que Díez del Corral por la historia social. De ellos le atrajeron la profundidad de su cultura y su respeto por el saber, tan alejados de la prepotencia ignorante y sectaria que abundaba entre el profesorado franquista. En su entorno asimiló hábitos como el rigor, la seriedad en la investigación y, de manera decisiva, la lectura de los clásicos, que le proporcionó una base sólida sobre la cual pudo moverse por diferentes épocas y realizar preguntas pertinentes en cualquier contexto. La sensibilidad hacia las ideas permea toda su obra y le ha vacunado contra modelos explicativos deterministas de toda laya. Por otro lado, su paso por la universidad, en España y en Estados Unidos (donde asistió a las clases de Herbert Marcuse), estuvo inmerso en un ambiente de rebelión estudiantil. Se trata de un hombre del 68, del que extrajo sobre todo actitudes antiautoritarias y una defensa a ultranza de la libertad individual, a salvo de doctrinas y morales impuestas; pero de un 68 a la española, antifranquista en esencia y que, en cuanto a sus posturas públicas, discurre con facilidad desde un cierto filoanarquismo hacia una socialdemocracia heredera de la Ilustración y anclada en valores liberal-demócratas. Algo común a otros españoles de su edad durante la transición a la democracia parlamentaria.

En cualquier caso, lo que le distinguía entonces y aún le distingue es su afán por aprender, por seguir aprendiendo. No es raro oírle decir que no tuvo una buena formación histórica y que se siente inseguro ante determinados temas; su modestia, a veces excesiva, le hace confesar abiertamente lo que no ha leído o no domina. No asiste a conferencias y congresos con ese aire distraído y displicente de quien ya sabe todo lo que tenía que saber, sino con atención, con algo a mano para escribir. De todo toma nota, con letra minúscula, en papeles que después archiva y relee cada vez que le hacen falta. Y ese afán por aprender se conjuga con una de sus pasiones incontenibles: la afición por el debate,



por el intercambio de ideas, por una discusión franca de igual a igual, que no admite jerarquías. Sus escritos circulan siempre antes de publicarse entre quienes, a su juicio, pueden proporcionarle sugerencias valiosas, sin que importe su edad o su categoría profesional. Está convencido de que una buena porción del conocimiento ha de construirse de forma colectiva.

Esa centralidad de los debates en su manera de concebir el trabajo académico ha desembocado en la fundación de varios seminarios. Primero, en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense, donde consiguió la cátedra con poco más de 40 años y donde animó un círculo de discusión centrado en los movimientos sociales. Más tarde, en el Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard, en el que dirigió el Seminario de Estudios Ibéricos a lo largo de los años noventa. Por último, en el Instituto Universitario José Ortega y Gasset, de Madrid, que acoge desde 1990 un seminario de Historia Contemporánea al que acuden cada mes investigadores de muy diversas procedencias, pero sobre todo del área de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, de la que él es una de las cabezas visibles. Este, el seminario de *la Ortega*, nació de una iniciativa compartida con Santos Juliá, compañero suyo en diversas empresas historiográficas que, ya en los años ochenta y junto a otros colegas como Manuel Pérez Ledesma, impulsó la renovación de la historia política y social española. El compromiso de Álvarez Junco con el seminario se ha mantenido contra viento y marea, y ha implicado someterse en ocasiones a críticas muy duras —incluso injustas— de su propio trabajo, que le dolieron pero no le hicieron abandonar el empeño.

La carrera investigadora de José Álvarez Junco ha discurredo hasta ahora de un modo peculiar: como una sucesión de largos periodos, de unos diez años cada uno, consagrados casi en exclusiva a un solo tema y que han dado lugar, cada uno de ellos, a monografías de gran calado. Lo cual da cuenta de lo sistemático de su esfuerzo, poco corriente en un mundo universitario que demanda continuas reelabo-

raciones de los mismos trabajos y provoca una notable dispersión de sus resultados en textos menores. La primera de esas investigaciones, publicada como *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)* (Madrid, Siglo XXI, 1976), se aproximaba al movimiento anarquista desde el punto de vista de la filosofía política y ordenaba su estudio en torno a algunos ejes temáticos: sus fundamentos filosóficos, las críticas a la sociedad, los ideales acerca del futuro y los principios y tácticas que daban cuerpo a su acción revolucionaria. De aquel original acercamiento —pues se trataba de autores menores y no de los grandes intelectuales que suelen protagonizar la historia de las ideas— emergía en toda su complejidad un pensamiento imbuido de la confianza ilustrada en el progreso que sustentaba el ejercicio de la razón a través de la ciencia, un pensamiento utópico que conjugaba el amor por la cultura y por la paz con la justificación de la violencia. Todavía impresiona el caudal de erudición que cimienta sus conclusiones.

El interés por los anarquistas y por algunas de sus características —como el anticlericalismo exacerbado que tendría una de sus manifestaciones más violentas en la Semana Trágica de 1909— condujo, de manera natural, a un nuevo objeto de investigación: el populismo republicano en la Barcelona de comienzos del siglo xx. Su fruto principal, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista* (Madrid, Alianza Editorial, 1990), constituye un libro sofisticado, seguramente el más innovador de la producción de Álvarez Junco, por el que el propio autor conserva una simpatía especial. Con él reivindicó el género biográfico, denostado hasta poco antes por un gremio que en general primaba las estructuras socioeconómicas y despreciaba la influencia de los individuos; y con él se sumergió, en un *crescendo* que iba de lo particular a lo general, en tareas tan diversas como el uso —moderado— del psicoanálisis, la disección de la prensa y de las facciones republicanas o el empleo de técnicas de sociología electoral para explicar los triunfos de Alejandro Lerroux. La historia cultural, toda-

vía una especie rara entre los contemporaneístas españoles, brillaba en los pasajes consagrados a los lances de honor o al desmenuzamiento de la retórica lerrouxista. En conjunto, el libro no solo resolvía las cuestiones que preocupaban a su autor sino que también lograba captar, con una fuerza expresiva no superada por quienes se han acercado al mismo escenario, el ambiente de una época apasionante.

Uno de los elementos básicos de aquella retórica, el nacionalismo español que el *Emperador* oponía a sus rivales catalanistas, se convirtió en el tercer gran asunto que ocupó a Álvarez Junco, que engendraría su tercer gran libro, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (Madrid, Taurus, 2001). Con un marco cronológico mucho más amplio que los anteriores, y sin olvidar los precedentes antiguos y modernos, en él podía seguirse paso a paso la construcción de una cultura españolista a lo largo de más de 100 años, desde el fagonazo inicial de la llamada Guerra de la Independencia hasta las consecuencias del Desastre colonial de 1898. El autor mostraba cómo los discursos nacionalistas, formulados por múltiples actores, decantaron en España, como en otros países europeos durante la era de las naciones, mitos y símbolos duraderos que se volcaron en muy distintos soportes. Quizá los capítulos más novedosos del libro fueran los que describían el camino que recorrieron los sectores católicos españoles frente al españolismo, desde el rechazo inicial hasta la posterior adhesión a las ideas nacionalistas, que desde luego reinterpretaron. En todo caso, su ambición y su calidad le valieron un reconocimiento casi unánime. Entre las élites nacionalistas que aparecían en *Mater dolorosa*, los historiadores ocupaban un puesto importante, pues las narraciones históricas se hallan en el eje de todas las identidades colectivas, y con un énfasis aún mayor en la nacional. La atracción de Álvarez Junco por los relatos históricos le llevó a concebir la última, por el momento, de sus obras mayores, escrita junto a Gregorio de la Fuente, Edward Baker y Carolyn P. Boyd y titulada *Las*

*historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad* (Barcelona, Crítica/Marcial Pons Historia, 2013). A través de un recorrido multiseccular, enraizado en una cantidad abrumadora de referencias bibliográficas, se fijan el nacimiento y las peripecias de las interpretaciones más influyentes acerca del pasado de los españoles.

El impacto de los libros de José Álvarez Junco ha sido cada vez más profundo. Si su trabajo sobre el anarquismo se discutió sobre todo entre los especialistas en la materia, *El Emperador del Paralelo* se transformó en fuente de inspiración para muchos historiadores que, sin estar enfrascados en el mismo periodo o en problemas similares a los que analizaba su autor, vieron en él un modelo para el desempeño del oficio. Nosotros mismos experimentamos ese deslumbramiento. Pero, sin duda, su obra con más repercusión, no solo en el ámbito académico sino también fuera de él, ha sido *Mater dolorosa*. Para empezar, mereció galardones importantes, como el Premio Nacional de Ensayo en 2002 y el Premio Fastenrath de la Real Academia Española en 2003. Muy reseñado y muy citado en toda clase de medios, disfrutó de un alcance inusual para una investigación histórica porque irrumpió de lleno en las polémicas identitarias que, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, al hilo de los conflictos nacionalistas, han ocupado el proscenio de la actualidad. Podría decirse que, tal vez de forma no intencionada, dio en el clavo. En los círculos profesionales, *Mater dolorosa* marcó un punto de inflexión en el estudio de los nacionalismos y resulta casi imposible encontrar un trabajo científico acerca del tema, posterior a 2001, que no lo utilice como referencia. Sin embargo, demasiado a menudo se le ha juzgado en exclusiva dentro de los parámetros del debate que más ha dividido a los historiadores desde comienzos de los años noventa, el que convencionalmente conocemos como debate sobre la débil nacionalización española en el XIX. Álvarez Junco concluía que los intelectuales habían hecho su trabajo al elaborar discursos y símbolos nacionalistas, pero que el Estado, pobre y gober-

nado por élites poco amigas de la participación popular, no había emprendido en serio la nacionalización de las masas. Aunque este no era el eje del libro y pese a que él ha comparado repetidas veces el caso español con otros casos europeos —respecto a los cuales podría hablarse de debilidades, pero también de fortalezas—, se le tiene por uno de los adalides de los argumentos pesimistas sobre la españolización y hasta se le ha acusado de anhelar una nación más completa.

La trayectoria investigadora de Álvarez Junco está recorrida por algunas constantes que convendría destacar. En primer lugar, ha sido uno de los especialistas que más ha promovido la interacción entre la historia y otras ciencias sociales. A su juicio, el historiador ha de permanecer atento a los avances de disciplinas como la ciencia política, la sociología, la antropología, la psicología o la economía para comprender los conceptos surgidos en ellas e incorporarlos, como herramientas que pueden serle útiles, a su labor. No se deben escrutar las crisis económicas sin saber de economía o las elecciones sin conocer las claves del análisis electoral. Más aún, hay terrenos híbridos o interdisciplinares donde la historiografía confluye con otras materias y en los que él ha caminado con soltura, como el estudio de los movimientos sociales o el del nacionalismo, en los que resultaría extravagante prescindir de la literatura sociológica o antropológica acumulada durante décadas. A él le debemos una porción del notable aunque fugaz entusiasmo que sintió la academia española por la sociología histórica. Sin embargo, y en segundo lugar, el contacto con ciencias sociales más formalizadas no le ha hecho perder vigor narrativo ni sumergirse en lenguajes abstrusos de digestión complicada. La conceptualización que subyace a sus textos se combina con un discurso atractivo, preciso y nítido, que atrapa y no pesa, atravesado incluso por hallazgos literarios. A Álvarez Junco se le entiende y nos hace disfrutar con lo que escribe. Y también cuando habla, pues ha conservado un cierto gusto por los recursos oratorios, por armar in-

tervenciones bien construidas que aúnan la claridad con la ironía.

Uno de los objetivos fundamentales de su labor académica ha consistido en derribar convenciones sobre el pasado bien establecidas, pero injustificadas o erróneas, en la historiografía y, más aún, en la opinión pública. Acumuladas por pereza o inercias gremiales, pero también a causa de manipulaciones políticas o de otros motivos espurios que nada tienen que ver con las razones intelectuales que deberían guiar el quehacer científico. Podría recordarse aquí cómo Álvarez Junco puso en cuestión, durante los años ochenta, la pertinencia de calificar los cambios sociales en la España del Ochocientos como una «revolución burguesa». No solo por la fragilidad del concepto, sino también porque en aquella sociedad agraria la burguesía era escasa y la industrialización y el crecimiento de las ciudades tardaron en llegar muchas décadas. O cómo, en un artículo firmado con Manuel Pérez Ledesma, arremetió contra los métodos con que hasta entonces se había escrito la historia del movimiento obrero español, una forma en realidad muy tradicional de hacer historia sometida a las anteojerías de la militancia izquierdista. Frente a las hagiografías, el simplismo, la contaminación ideológica y el acarreo empirista de datos y más datos, estos historiadores reivindicaban los enfoques complejos, el rigor conceptual y la formulación de interpretaciones multicausales y ajustadas al contexto hispano, siempre al socaire de la reivindicación de la historia comparada. Un verdadero manifiesto historiográfico que, al enfrentarse con muchos miembros de su misma generación, costó a sus autores más de un reproche y no poca incompreensión.

Pero el terreno en el que se ha desarrollado con mayor alcance esta actitud crítica de José Álvarez Junco ha sido, sin duda, el de los nacionalismos, a propósito de los mitos nacionales que todos los discursos nacionalistas incorporan como parte imprescindible de su equipaje argumental. En este campo, nuestro historiador se declara abiertamente modernista, es decir, partidario de aquellas teorías que, en

la literatura especializada, conciben la nación como un artefacto cultural moderno, elaborado por las élites y los movimientos nacionalistas en la época contemporánea con fines políticos. Lo cual irrita a los nacionalismos de distinto signo, que tienden a ver muy claras las mitificaciones perpetradas por sus enemigos pero suelen negarse a reconocer el carácter de relato inventado de sus propias creencias. De manera que los trabajos de Álvarez Junco, en los que se desmenuzan los mitos españolistas, han sido juzgados con extrema dureza por quienes se sienten atacados y le atribuyen la intención de demoler o deconstruir la nación española, como si perteneciera a alguna secta posmodernista radical y despreciase las fuentes. Cuando se trata de todo lo contrario: de una fidelidad irrenunciable a las mismas. Un buen ejemplo de estas controversias se produjo a propósito de la guerra napoleónica de 1808 a 1814: Álvarez Junco argüía que la contienda había tenido varias vertientes importantes, no solo la nacionalista, y que el sintagma «Guerra de la Independencia» se había impuesto mucho después de su final, pero le acusaron de negar la presencia de mensajes patrióticos, y del mismo término «independencia», en el lenguaje empleado desde el estallido del conflicto.

A comienzos del siglo XXI, las diferencias académicas sobre estos asuntos se mezclaron de forma casi inevitable con las disputas partidistas más inmediatas, agudizadas conforme se elevaba la tensión entre los nacionalismos subestatales y el español. En ese ambiente, Álvarez Junco defendió, en artículos y conferencias, una actitud pragmática y flexible, la búsqueda de nuevos acomodos políticos, que pudo atribuirse a su simpatía por el catalanismo. Desde luego, a lo largo de su vida ha cultivado múltiples vínculos con Cataluña, y no es casualidad que muchas de sus investigaciones —sobre el anarquismo o los republicanos— tengan Barcelona como su localización preferente. No obstante, su visible contrariedad ante la perpetuación de las mitologías y los esencialismos nacionalistas se ha manifestado sea cual